

LA ABSTENCION: SIGNO DE ESTABILIDAD O SEÑAL DE ALARMA

Quizás el mayor impacto político de las elecciones locales y regionales del 3 de diciembre de 1995 ha sido el fenómeno abstencionista. Un fenómeno complejo del que es importante extraer sus significados. No sólo es alarmante la cifra de abstención en sí misma que alcanzó esta vez al 53,9% de los electores. Esta cifra representa un regreso a la de las elecciones de 1989 (54,2%), después del alivio que significó la disminución al 50,8% en 1992. Si a la cifra de quienes no asistieron a las urnas añadimos los que no se inscribieron en el Registro Electoral Permanente (32% de los encuestados que dijeron que no votarían en las elecciones) y los votos nulos (5,66% de los votos emitidos) arribamos a un número muy grande de venezolanos que encontraron razones para no avalar con su voto ninguna de las alternativas propuestas.

Las anteriores elecciones locales y regionales se realizaron una semana después del segundo intento de golpe de Estado del año 1992, por lo que la necesidad y la presión para expresar un apoyo explícito al sistema democrático a través del voto se convirtió en un factor importante. La mayor parte de los analistas políticos coinciden en concederle a los gobiernos regionales y municipales un importante papel en el mantenimiento de la estabilidad del régimen de partidos en los últimos cinco años. La elección directa de los gobernadores de Estado y la creación de la figura del Alcalde han significado, junto con el impulso efectivo a los liderazgos locales y regionales, la diversificación de la atención a la demanda social y política por parte del gobierno y del Estado, de manera que el ciudadano ha podido recurrir y, de hecho, ha recurrido, a mayor cantidad de canales de comunicación política o de demanda social. Esta dimensión del sistema de relaciones políticas en el régimen de partidos ha logrado generar formas novedosas de legitimación que de alguna forma han compensado la pérdida de legitimidad sufrida por otras áreas o dimensiones del régimen democrático-partidista. ¿significa el crecimiento de la abstención el agotamiento de esta fuente de legitimidad? ¿Disminuirá en adelante el papel estabilizador del conjunto de la sociedad que han significado hasta ahora los gobiernos regionales y municipales? ¿También a este nivel se empiezan a notar los síntomas de anomia social que crecen en otros ámbitos de la vida social venezolana?

SOCAVAR LAS BASES DEL SISTEMA

Hay un primer grupo de electores cuya intención expresa es contribuir al proceso de deslegitimación del sistema, secando una de sus principales fuentes: el voto. Es la que pudieramos llamar la "abstención militante" o "abstención consciente". Quienes se oponen al sistema y buscan su transformación radical siempre tienen en este mecanismo un arma a utilizar. En momentos como el que vive el sistema político venezolano cuya legiti-

midad es amenazada en distintos frentes, la abstención militante cobra mayor sentido aún.

En esta racionalidad política se inscribe la posición del MBR-200, encabezado por el Comandante Hugo Chávez Frías, al que le interesa demostrar la necesidad de convocar una Asamblea Nacional Constituyente como único modo de rehacer la legitimidad del sistema político venezolano, superando las deficiencias estructurales que llegaron a justificar, incluso, el intento de golpe militar del 4 de febrero de 1992.

Puede inscribirse en este tipo de abstención el rechazo a los políticos por el desempeño personal o de sus organizaciones durante tres décadas y media de democracia de partidos. Para muchos de los que comulgan con esta idea quienes se presentan a las elecciones regionales y locales son los mismos "incapaces" o "corruptos" que han llevado al país a la crisis en la que se encuentra, por consiguiente hay que restarles apoyo. Este razonamiento incluye a un grupo de quienes se abstienen conscientemente de inscribirse en el REP o de votar y, también, algunos de los que votan nulo.

Podría también considerarse parte de este grupo de abstencionistas militantes quienes no votan en las elecciones regionales por estar en desacuerdo con la descentralización política y administrativa o quienes consideran que la elección directa de los gobernadores debilita al Gobierno y al Estado, arriesgando el regreso a las formas "caudillistas" que caracterizaron el siglo XIX.

Forman, finalmente, parte de este grupo quienes protestan contra los Alcaldes y Municipios como instancias del Estado que lo que hace es multiplicar los gastos y la burocracia y no las consideran formas actuales de enfrentar los problemas de la sociedad.

VOTAR O NO VOTAR: DA LO MISMO

En este grupo podemos ubicar un tipo de abstención justificado en la poca confiabilidad del sistema electoral. Lo formuló magistralmente Pedro León Zapa-

Arturo Sosa A.

ta en su “zapatazo” del 7 de diciembre que rezaba: ““A estas alturas no se sabe si ganó la abstención o ganó el fraude””.

El número abrumador de “errores”, imperfecciones y trampas electorales descubiertos en los anteriores comicios han generado una corriente de escepticismo en relación a la veracidad de los resultados del conteo de los votos. Un buen grupo de electores razona su abstención en estas elecciones precisamente en la desconfianza al mecanismo de conteo, en la incertidumbre que siente sobre cómo va a ser escrutado su voto. Si no sabe a quien le van a imputar su voto, mejor no votar.

También prefieren abstenerse quienes en medio del desánimo personal y colectivo que se ha venido generando por la situación de empobrecimiento creciente del país no encuentran motivo alguno para votar. Para este grupo votar o no votar no incide para nada en la solución de los problemas que confronta ni él como persona ni el país como colectivo.

En el surgimiento de este tipo de abstención juega un papel el carácter “clientelar” del sistema de partidos. En la medida en que la “participación política” se mide en beneficios personales de asociarse con éste o aquel líder o partido, se desemboca en la abstención cuando no se espera obtener beneficio directo alguno de la participación en las elecciones. Para ningún venezolano es un secreto la drástica disminución de la capacidad de los partidos políticos de “compensar” a sus votantes con beneficios clientelares en los últimos cinco años. Para aquel sector de la población motivado a participar en las elecciones exclusivamente en razón de los beneficios esperados, perdió sentido votar.

No contamos con la información suficiente para estratificar socialmente el índice de abstención electoral, pero su volumen permite deducir que muchos electores de los sectores populares dejaron de votar, es decir, antes votaban y ahora no. Quizás porque la relación con los beneficios es menor ahora. En todo caso, resulta claro que la motivación clientelar ya no es capaz de mover tanta

gente a votar y que la participación electoral tiene que fundarse en otras motivaciones.

PRIVATIZACION DE LA VIDA SOCIAL

Otro ingrediente del fenómeno abstencionista es la crisis de lo público o, lo que es lo mismo, la privatización de lo social, como tendencia de la sociedad venezolana actual. Una de las dimensiones de la crisis de lo político es la ausen-

Para quienes buscamos afanosamente una salida a la actual situación de Venezuela por la vía de la profundización de la democracia la comprensión a fondo del fenómeno de la abstención es necesaria para proponer caminos alternativos para la constitución de una cultura política democrática y participativa, que supere definitivamente las relaciones clientelares y el mesianismo político, de manera de fundar un pueblo de ciudadanos

cia de discusión “ideológica”, es decir, la incapacidad tanto de los partidos políticos como de otras organizaciones de la sociedad civil de producir proyectos globales de sociedad y generar la lucha por obtener el consenso mayoritario que los convierta en horizonte social y acciones de Estado y de Gobierno. La ausencia de discusión a futuro y la experiencia de deterioro del sistema vigente se unen para alimentar la tendencia a desvincularse de lo público.

A esto se une otra vertiente del proceso de deslegitimación del sistema político venezolano, consecuencia del fin del período rentista de la economía: la desvalorización de lo público como dimensión de la vida de las personas. Estamos asistiendo a un proceso de “despolitización” de la sociedad venezolana, una de cuyas manifestaciones es la abstención electoral. En muchos comentarios posteriores a las elecciones se calificó esta con-

ducta como “apática”.

Estas tendencias se notan mucho más en los sectores más jóvenes de la población, más inclinados, al mismo tiempo, a identificarse con las características de lo que se ha denominado como “cultura posmoderna” en la que el compromiso militante con el ámbito político no representa un estímulo muy grande. Un indicador electoral es la escasa motivación a inscribirse o reinscribirse en el Registro Electoral de los menores de 25 años.

El crecimiento de esta visión de la vida política puede explicar, al menos en parte, la poca atracción electoral que tuvieron las gestiones municipales o estatales más renovadoras o, al menos, alternativas a la tradición adeco-copeyana. Si a la despolitización se une una mala comunicación política, es poco probable que encuentre sustento electoral una propuesta por muy novedosa que sea.

EL MENSAJE POLITICO DE LA ABSTENCION DE 1995

De este recorrido se desprende que la abstención de las elecciones del 3 de diciembre de 1995 son una nueva señal de alarma más que un signo de estabilidad del sistema político. A la actual situación de Venezuela no son aplicables las comparaciones con los índices de abstención de las democracias de los países de alto desarrollo económico como los Estados Unidos o Europa ni de los países en los que la escasa participación electoral tiene razones históricas y sociales, como Colombia. En Venezuela es una nueva señal de la crisis de legitimidad.

Para quienes buscamos afanosamente una salida a la actual situación de Venezuela por la vía de la profundización de la democracia la comprensión a fondo del fenómeno de la abstención es necesaria para proponer caminos alternativos para la constitución de una cultura política democrática y participativa, que supere definitivamente las relaciones clientelares y el mesianismo político, de manera de fundar un pueblo de ciudadanos. □

Arturo Sosa A. es Director de la Revista SIC.